

A imagen de Dios los creó varón y hembra los creó

Vivimos en una sociedad machista. Es ésta una afirmación que de tan repetida, incluso denunciada, ya no nos impresiona. Es preciso, sin embargo, al menos por una vez, darnos cuenta del significado profundo de esta aseveración: decir que el venezolano es machista, es afirmar algo tan injusto y repugnante como decir que en nuestra sociedad se discrimina, se practica el racismo o se organiza en apartheid. No es sólo afirmar que el varón se autoafirma como tal en cuanto conquistador o semental de abundante y desperdigada prole, sino también que toda nuestra cultura está radicalmente viciada por opresora y discriminatoria de la mujer.

Entendemos aquí por cultura el modo concreto como una sociedad se organiza socialmente, definiendo y asignando roles, como transforma y pone a su servicio la naturaleza y como se autocomprende y expresa. Pues bien: afirmar que Venezuela es machista, es decir que Venezuela está organizada socialmente y los roles sociales funcionan de manera que privilegian al varón a costa de la mujer; que la producción y disposición de los bienes y servicios se hace, en gran parte, de la explotación de la mujer; que el varón es paradigma del ser venezolano y que la mujer sólo se entiende en y desde su relación, siempre subordinada, con el varón.

Más claro: en nuestra sociedad la mujer sólo cabe como sirvienta de, placer de, reproductora de, ayudante de, compañera de... el macho. No le corresponde el papel de decidir, de ordenar, de dirigir, sino en subordinación al macho... Puede darse algún caso aislado que, en cierto modo, escape a estos esquemas, pero entonces deberá desempeñar la otra función, al modo que la desempeña el varón para que sea socialmente aceptada, sin permitirle, más que en detalles menores, insertar en ella la riqueza de su femineidad.

Hoy día, a nivel mundial, la mujer reclama y lucha por conquistar la igualdad de derecho y de hecho con el varón. Y aunque avanza una cierta comprensión por parte del varón de la justicia de esta lucha, todavía, desde los valores que la sociedad en la que estamos nos ha introyectado, tendemos muchas veces a mirarla con la sonrisa suficiente del que contempla el ridículo ajeno, o con el ceño fruncido del que contempla un atentado contra los "valores más sagrados". La feminista atenta, desde esta visión, contra la familia "célula básica de la sociedad" y contra el "maravilloso don de la maternidad".

Dentro de esa lucha de la mujer que accedió a la conciencia de su radical igualdad en cuanto persona al varón, y a la vez, de la riqueza de su propia especificidad femenina, se inscribe la Reforma del Código Civil que actualmente está en el Congreso. Es cierto que en sociedades dependientes y clasistas como la nuestra la lucha no puede tener como meta conquistar simplemente la igualdad con el varón... que al fin de cuentas

es también un ser oprimido. Pero ciertamente, la lucha por la construcción de una sociedad nueva, pasa por esas conquistas contra toda discriminación sexista.

El gran desafío de todos, varones y mujeres, es construir una sociedad sin discriminaciones y en la que reconociendo y valorando la riqueza de la diferenciación sexual, no se privilegie a ningún sexo en detrimento del otro. La sociedad que construimos los varones sin permitir el aporte social de lo femenino por haber hecho de lo femenino sinónimo de privacidad, ya la hemos experimentado radicalmente viciada por inhumana, por explotadora, por fomentadora de barreras entre los hombres.

Por ser ésta una lucha de liberación, por ser lucha contra la injusticia, por ser compromiso con una nueva sociedad, el FEMINISMO tiene que hacerse bandera de los cristianos y de la Iglesia. Si por FEMINISTA entendemos todo aquel que defiende la igualdad fundamental del hombre y la mujer, considerándola como persona humana, oponiéndose a las estructuras y a las costumbres que la transforman en objeto, y abriéndose al aporte social de la femineidad, hay que afirmar que Jesús fue un decidido feminista. Esta afirmación salta a la vista si comparamos las actitudes éticas y humanas de Jesús con las tradicionales de la sociedad judía de su tiempo. Bien lo entendieron sus primeros seguidores que en boca de Pablo de Tarso exclamaron "ya no hay varón y mujer, porque todos somos uno en Cristo Jesús".

Más recientemente desde Pío XII, el Vaticano II, Pablo VI, Juan Pablo II y Puebla, han reafirmado la justicia y la importancia de este movimiento mundial de promoción de la mujer. Juan XXIII lo proclamó como uno de los signos de los tiempos mediante los que Dios interpela hoy nuestra Fe y nuestra praxis cristiana. Y ese signo de los tiempos se da en el feminismo que existe, ese cargado de ambigüedades y no en el que quisiéramos que fuese. Ese que existe, es el que debemos asumir como interpelación actual del Dios de la Historia. Como punto de partida de una nueva postura, de la conversión exigida por esa interpelación, hay que afirmar que los cristianos venezolanos, hemos sido muy poco FEMINISTAS. Imbuídos en la cultura machista que nos rodea, aún sin darnos cuenta, no hemos producido ningún acto significativo que nos permita llamarnos CRISTIANOS FEMINISTAS.

Es hora ya de comenzar. Quizás debemos de entrada admitir en nuestra praxis esa postura tan femenina que es la receptividad, la acogida activa y consciente. Para abrirnos a la posibilidad de una nueva sociedad que entienda que "el bien del hombre y de la mujer son interdependientes y que ambos quedan lesionados si en una comunidad cualquiera uno de ellos no puede contribuir en la medida de sus posibilidades".